

## EL VIAJE A TOLOMBON

Tolombón está allá, al final de un largo viaje lleno de sorpresas, de agradables sorpresas; como esa quebrada de las Conchas, que nos tuvo con los ojos pegados a sus paisajes maravillosos, sin sentir casi los violentos zangoloteos de la mensajería; lo que ya es mucho decir, pues éstos eran como para vencer resistencias menos heroicas que las de los componentes del primer campamento estudiantil de "Alida".

Al fin, después de cruzar Cafayate, tan simpático con sus caminos amplios bordeados de gigantescos árboles tras los cuales se extienden sus viñedos, llegamos a nuestro destino.

Tolombón está situado en el valle de Santa María, que, geográficamente se extiende de Cafayate al sur, punto éste que separa al Santa María del valle Calchaquí. Está encerrado el valle por las cumbres del Cajón hacia occidente y las cumbres Calchaquíes al oriente. Pero desde el punto de vista etnográfico hay que tener en cuenta que los indios consideraban a Tolombón como el punto de división de ambos valles. Ellos llamaron a esta región provincia de Guiri-guiri.

El Tolombón actual es una pequeña población cuya planta urbana, si se perdona este término que sobra un poco, está constituida por la infaltable plaza (un yuyal encerrado por cerco de alambre), la capilla y unas cuantas casas, alguna con cierta pretensión. El resto del pueblo se extiende a lo largo del camino, a un lado y otro del cual se dejan ver ranchos de caña o "caso", casas de adobe con sus características columnas y las antiguas casa-bodegas, lo mejor en materia de residencias (si se exceptúa la finca). Puede tenerse idea de la población actual sabiendo que el padrón electoral tiene 160 inscriptos y que son 105 los niños que concurren a la escuela. Probablemente fué más importante y de más vida el Tolombón indígena. Los indios poblabon el cono que forma el río de la quebrada de Tolombón y las ruinas se encuentran desde el pie de los cerros

hasta el filo mismo y en una extensión de algunos kilómetros en forma de restos de viviendas, andenes de cultivo y fortificaciones, y era tal su importancia y poderío entonces, que fueron los últimos de los calchaquíes en caer vencidos por la conquista española.

No hay que imaginar algo monumental, pero es bueno saber que estas son probablemente LAS RUINAS INDIGENAS MAS GRANDES QUE HAY EN TODO EL PAIS. A ello se agrega que Tolombón se ha salvado de los saqueos que han padecido otras, de tal manera que casi intacto se ofrece hoy al trabajo investigador del Museo Etnográfico.

Durante nuestra estadía se hallaron, sin hacer excavaciones sistemáticas, en una salida, pucos, una urna y restos de tejidos. Para estos proyectos de arqueólogos el descubrimiento fué sensacional. El primer día que visitamos las ruinas y advertimos que todo el suelo estaba sembrado de cantidad enorme de trozos de cerámica pintada, pocas nos eran las manos y los bolsillos para recogerlos y a fe que hacíamos honor al apodo de "quirquinchos" con que nos bautizara la gente del lugar. En excavaciones posteriores se ha extraído mucho más material, que da idea de todo lo que Tolombón encierra.

Como este artículo tiene el propósito de hacer conocer a todas nuestras compañeras de la Facultad lo que fué el campamento, es bueno hacer constar que allí se trabajó y se estudió. Cada alumno eligió un tema, de los más variados y por cierto que nada hay en Tolombón que haya escapado a nuestra voracidad investigadora. Los tolobonenses soportaron con una ciencia emocionante la sarta de inacabables preguntas: ¿Cómo se llama?; ¿Cuántos hijos tiene?... ¿Cómo hizo el techo de su rancho?...; ¿Vas a la escuela?... ¿Por qué no me enseña a hilar?... ¿El terreno es suyo?...; e imagínense hasta lo imaginable todo lo que quince cabezas pensantes... y preguntas pudieron acumular para no dejar en paz a los pacíficos "vallistas"; y

después de todo dijeron que lamentaban nuestra partida. Estos tolimboneses son impagables.

Mucho más podría contarse del viaje, vaya ésto como prólogo de lo que vendrá que poniéndose a contar los "akidos" no darán cuartel.

Pero antes de terminar debo hacer conocer el agradecimiento de todos a

quienes hicieron posible este viaje, a quienes nos ayudaron y alentaron con su bondad y paciencia, a nuestros profesores, Aparicio Francisco de Ardissonne y Federico Daus; así como a la señora de Aparicio a quien tantos trabajos dimos con nuestras expediciones investigadoras a los arcones o nuestras visitas a la despena.

GRACIELA LAPIDO.

Viene de la pág 11

## La Vida Comienza todos los Días

cha herida abriéndose en la mañana celeste pálido.

Ni una oveja les había quedado. Todo perdido. Era dura la vida. Sacrificios, luchas y esperanzas, todo tapado por la piedra y el agua. Por el sendero fragoso que llevaba a los Mogotes, Vicente y Miguel iban andando; no tenían ánimo para volver a empezar. Ni había con qué. Su desaliento estaba espinado de amargura. Lastimaba pensar. Un aire agrio con olor a yuyos serranos poblaba la tarde. Les cruzó rápido, como fugitivo, un pensamiento: ¿Y el tata viejo? En todo el día de la desgracia no lo habían visto. Ya estaban cerca de los Palmares, pronto caería la noche. En ese instante enmudecieron ambos y los pies se clavaron en la tierra ríspida. El sol doraba aún los últimos picos de la montaña. Vahos rojos parecían levantarse de los Paredones: ¿Qué hacía el abuelo en la soledad con el agua hasta las rodillas? Cerca, muy cerca, estaban las piedras, cimientos del antiguo rancho.

—¡Tata viejo!— y corrieron de inmediato. El abuelo los miró largamente

con aquellos ojos color de montaña en lejanía. Era un reto, un llamamiento al valor.

—"¡Tata viejo!", — sollozaron los dos como chiquillos: — "¡Ni cabras ni pan!".

El abuelo rígido, con las ojotas hundidas en el agua, su sombrero de paja calado hasta las cejas tupidas, miró el cielo que como un inmenso paredón se cernía sobre las sierras.

—"Hijos... la vida comienza todos los días".

Estupefactos vieron entre la manos rugosas, manos de luchador, las fibras rubias, frescas de palmera enlazadas como tientos: "Mañana saldremos a venderlas". Sobre la pira una hilera de canastas recién tejidas hablaban en silencio. "No hay cabras, ni hay quesillos, quedan aún palmeras". Se estremeció el agua con el andar del abuelo. Cuervos y buitres andaban rondando sobre los desechos fragantes y las cortezas inutilizadas de palmera.

Entonces los dos recién comprendieron el ejemplo del tata viejo.

PETRONA DOMINGUEZ